

DE ESTE MAR, GOZADO A MARES,



NO NOS SACAN



EL CARIBE COLOMBIANO: FIN DE UN ÉXODO. DESPRENDIMIENTOS, RE-
INSERCIÓNES Y NUEVAS IDENTIDADES EN **EL REINO ERRANTE (POEMAS
DE LA MIGRACIÓN Y EL MUNDO ÁRABE)**, LIBRO DE POEMAS DE JORGE
GARCÍA USTA.

POR: NAYLA CHEHADE¹

¹ Associate Professor of Spanish University of Wisconsin-Whitewater

A manera de breve introducción

Como nación mestiza, Colombia se encuentra definida culturalmente en gran parte por la amplia presencia y el impacto de diversos grupos de inmigrantes que han contribuido y continúan contribuyendo a la construcción de la identidad nacional como fenómeno cambiante, provisional, en regeneración continua. Cualquier intento de abordar el tema de la construcción de la identidad nacional tendría que incluir necesariamente un análisis detenido de los aportes de la inmigración árabe a Colombia y aunque hasta la fecha se han publicado estudios que abordan el tema desde distintas perspectivas, la presencia árabe, así como su contribución a las diversas áreas de la cultura en Colombia, merece ser estudiada con mayor rigurosidadⁱ. Especialmente son necesarios estudios que ofrezcan una visión más compleja de la inmigración árabe, que contextualicen sus aportes y trasciendan la representación estereotipada y reduccionista que resalta sobre todo la imagen del comerciante ambulante o buhonero y que se ha seguido reproduciendo comúnmente, incluso desde la literatura.ⁱⁱ

Vale la pena mencionar que en Colombia las políticas estatales decimonónicas y de principios del siglo XX con respecto a la inmigración fueron selectivas y buscaban deliberadamente atraer inmigrantes europeos con el propósito de “civilizar” la sociedad, aumentar la población blanca e impulsar el desarrollo material y la modernización del paísⁱⁱⁱ. A pesar de que los inmigrantes de origen árabe no encajaban en este esquema y de que los retos geográficos, los rigores del clima, la dificultad en las comunicaciones, la inestabilidad política y las guerras civiles continuas convirtieron a Colombia en un destino menor para los inmigrantes en general, durante las últimas dos décadas del siglo XIX y las primeras del siglo XX, Colombia, igual que la mayor parte del continente latinoamericano, fue escenario de la llegada de un número considerable de inmigrantes sirio-libaneses y palestinos que se establecieron en ciudades y pueblos a lo largo y ancho de su geografía, pero especialmente en la costa caribeña, donde se encontraban los primeros puertos de entrada al país^{iv}. Casi todos eran cristianos e inicialmente los que formaron parte de la primera ola de inmigrantes, la etapa pionera o de los fundadores, como se la ha llamado,^v situada comúnmente entre 1880 y 1920, provenían de la región de Siria, que bajo el dominio del imperio otomano, desde el siglo XVI, incluía también los territorios actuales del Líbano y Palestina.



Los “turcos” como se les llamó erróneamente a estos inmigrantes por llevar pasaporte turco, símbolo de la opresión de la que muchos huían, continuaron llegando después de la Primera Guerra Mundial y de la disolución oficial del imperio otomano, durante la que se ha llamado la etapa intermedia, ubicada entre las dos guerras mundiales, bajo los mandatos británico (Palestina) y francés (Siria y El Líbano) hasta 1945. Durante esta época, los movimientos de oposición a la presencia europea y la búsqueda de independencia, incrementaron la represión en la región y contribuyeron al deterioro de la economía local y al consiguiente aumento en la inmigración. En esta periodización de la diáspora de libaneses, sirios y palestinos, se ha señalado también una tercera etapa, la contemporánea o actual, que se extiende desde la Segunda Guerra mundial, hasta el fin de la guerra civil en el Líbano, entre 1945-1990.

De cualquier manera, entre las causas de esta inmigración masiva se han señalado como determinantes razones de carácter religioso, político y económico, directamente relacionadas con las transformaciones sociopolíticas ocurridas en la región en los últimos 120 años^{vi}. En Colombia, la mayoría de estos inmigrantes se radicaron en las ciudades y pueblos de la costa Atlántica, como se mencionó, pero también se establecieron en casi todas las regiones del país donde su presencia no sólo transformaba el ámbito social, cultural y económico del área donde vivían, sino que a la vez los transformaba a ellos y a sus descendientes.

Casi todos los inmigrantes de la etapa inicial, se dedicaron al comercio ambulante hasta que lograron abrir propios establecimientos y en poco tiempo, pudieron a su vez incursionar prácticamente en todas las actividades económicas del país, desde la explotación del caucho y del oro, la ganadería y la agricultura, hasta el desarrollo de los sistemas de transporte. Inicialmente prefirieron los matrimonios endogámicos, pero pronto la costumbre se relajó y dio paso a los enlaces exogámicos. Como la mayoría eran cristianos –ortodoxos, católicos o maronitas en menor número– y los motivaba una clara voluntad de adaptación, la religión no constituyó un obstáculo para la integración. En consecuencia,

no les fue difícil adoptar las prácticas católicas imperantes en el país y debe decirse, que lo hicieron de una forma bastante flexible y secular. Si bien una gran parte de los primeros inmigrantes sirio-libaneses y palestinos carecían de educación formal, muchos de los hijos de las generaciones pioneras, asistieron a universidades e incursionaron en el campo de la política y del servicio público. Muchos también, eligieron la práctica del arte en sus distintas manifestaciones como forma de vida. Jorge García Usta, poeta del Caribe colombiano, ejemplifica claramente esta vertiente de los numerosos descendientes de inmigrantes árabes que se dedicaron por entero al quehacer literario o a la poesía y que han impactado con su obra la tradición literaria de Colombia.

Jorge García Usta nació en 1960 en Ciénaga de Oro, un pueblo del Caribe colombiano, con un nombre tan lírico que parece sacado de una de las imágenes de sus propios poemas y murió prematuramente a los 45 años en Cartagena de Indias, la ciudad donde se desempeñó, entre otros oficios, como periodista, editor, ensayista y gestor cultural y donde ejerció la



poesía y el periodismo con una vehemencia, un rigor crítico y un sentido de responsabilidad social proverbiales.^{vii} Profundamente comprometido con el desciframiento y la revaluación del entorno caribeño, sobre todo en su preocupación por incluir en el marco de la cultura del Caribe el aporte de grupos y comunidades mantenidos al margen, su trabajo en el campo de la crítica literaria y de la investigación cultural, como lo anota Cristo García, “es referencia obligada para conocer los procesos secretos y las dinámicas ocultas o silenciadas de la cultura del Caribe colombiano en relación con el devenir nacional y de otras latitudes^{viii}.”

De igual modo, al abordar su quehacer como poeta, es preciso afirmar que García Usta alcanzó a producir una obra poética rigurosamente pulida, con innegable registro propio y amplio aliento, que traspasa lo local y convierte su labor literaria en referencia imprescindible dentro del marco de la poesía hispanoamericana. El poeta Rómulo Bustos Aguirre, sitúa a García Usta en Colombia dentro de la que “...bien pudiéramos llamar la *generación invisible*, conformada por poetas nacidos en los 50 y en los 60 y cuya producción comienza a circular a partir de los 80.”^{ix}

Bustos Aguirre indica también, muy acertadamente, que a través de su legado poético, García Usta logra construir lo que ha llamado la “épica de lo cotidiano” o el “heroísmo de lo cotidiano y anónimo,”^x estrategia discursiva y temática que le permite al poeta historiar o cantar lo que no tiene historia registrada, oficializada, pero que paradójicamente, se cimienta también en un eje dramático capaz de indagar sobre la condición humana en sus más diversos aspectos. Parte de esta voluntad de historiar poéticamente el ámbito de lo cotidiano,^{xi} presente también en su obra periodística, la manifiesta García Usta en el poemario *El reino errante: poemas de la migración y el mundo árabe*.^{xii}

Es necesario mencionar que entre las muchas vertientes culturales y referentes espaciales que confluyen en esta colección, se destaca de modo evidente, por un lado, el mundo del Caribe, epicentro del trabajo de García Usta en todas las áreas y por otro, el aspecto que quisiera destacar, la herencia árabe, que le llega directamente por línea materna.^{xiii} Ambos componentes se manifiestan continuamente en el texto como referentes construidos simbólicamente a través de imágenes recurrentes –el mar, el desierto, la luna o los mostradores del comerciante– por ejemplo, y de situaciones emblemáticas –la partida y la llegada, el ritual del trabajo diario y de las comidas, las soledades y los encuentros, entre muchas otras, que se convierten en alegoría emotiva de estos dos universos significantes.

En este breve ensayo analizo de qué manera en su libro *El reino errante. Poemas de la migración y el mundo árabe*, García Usta indaga en su ancestro árabe y reinterpreta poéticamente el fenómeno de la doble identidad como síntesis o compendio de dos mundos alegóricos que se interceptan y reconcilian armoniosamente en la creación de un nuevo sujeto híbrido. El análisis de la producción poética de algunos de los poetas colombianos de origen árabe, muestra que éstos manifiestan de distintas formas y en diverso grado, la presencia e impacto del ancestro árabe en su obra –casi siempre evidenciando un sentimiento de pérdida atávica que se traduce en nostalgia– como es el caso de Meira Delmar^{xiv} o de huella existencial fatalista, como se observa en varios de los poemas del controversial Raúl Gómez Jattin^{xv}, para mencionar sólo algunos de los más representativos. Sin embargo, es preciso indicar que Jorge García Usta es el único que hasta ahora ha dedicado un poemario completo al tema, hecho que pone de manifiesto el lugar privilegiado que esta vertiente cultural ocupa en su obra.

En el poemario, construido siguiendo un hilo narrativo que se extiende casi a través un siglo en poemas estratégicamente fechados, García Usta logra delinear arquetipos que representan hitos en la historia de la diáspora árabe a Colombia, mediante una voz poética que se desdobra progresivamente a través del tiempo.

En esta colección, el hablante poético se humaniza y se define mediante figuras con nombre propio y apellido y lo narrativo se enlaza fructíferamente con lo lírico en imágenes trabajadas con meticulosidad y elocuencia. Éstas dan cuenta, emblemáticamente, de la experiencia de la inmigración árabe a tierras colombianas, como crónica dual de desarraigo y afincamiento desprendimiento y encuentro, asombros, pesares e intercambios gozosos en una dimensión que trasciende la perspectiva de la experiencia árabe y la extiende a la búsqueda universal de felicidad y bienestar que ha signado la trayectoria del individuo desde sus orígenes.

Consecuentemente, la colección se inicia con el poema que representa el comienzo del éxodo: “La salida, en el camino de Damasco a Beirut (1887),” en el que el hablante poético se prepara para dejar su tierra y enfrentarse con lo desconocido con muy pocas pertenencias y con el recuerdo como posesión más preciada: “Rauf, alista tus ojos./ Llevaremos lo que, ahora, somos: / una maleta, cuatro cuerpos/ y memorias.” El hablante poético se define a partir de la memoria, que se presenta como el elemento que lo constituye como sujeto y por extensión a los suyos; pero si en este enunciado está presente el dolor del desarraigo, hay también en él una resolución explícita de aceptación de lo nuevo; en el momento de la marcha, el ser no se presenta como entidad estática, ya que lo condiciona el “ahora” que modifica al “somos” y hace que se muestre abierto a la posibilidad de cambio, al “seremos” del futuro.

No en vano, en el momento de la llegada al espacio del Caribe, la contemplación del mar prefigura la comunión con el nuevo ámbito. “Oh, este mar trae a mis almas/ un lugar unitario” dice la voz poética en “Primera noción del mar de Nabil Barbur en Cartagena de Indias (1910)” y el poema concluye con la exaltación de sus efectos reparadores, en un enunciado que implica la vinculación afectiva con el lugar de acogida: “Se te acaban las miserias con el mar inmediato.”

De esta manera, García Usta construye esta especie de crónica de lirismo sostenido destacando la relación dialéctica entre el mundo de la cultura ancestral árabe y el de la región Caribe, más que a partir del énfasis en la exclusión o pérdida de elementos y sobre todo, lo hace acentuando de qué forma las estrategias que los sujetos representados elaboran para ajustarse y responder a la nueva situación cultural y espacial, sirven de base para la creación de complejas y fructíferas identidades.

A lo largo de esta colección que es la vez, homenaje, epopeya y cosmogonía, es necesario indicar que hay también concesiones a la nostalgia y al desprendimiento de un mundo ancestral que la voz poética percibe a la distancia, matizado por el paso del tiempo y rescatado a través de imágenes emotivas: “Volveremos/ a vernos / tal vez, en dos mil años/ y no será Elías, su padre./ sino un brillo gastado por la ausencia,” dice el padre al hijo que emigra en el momento de la despedida en el poema “Consejos de Elías Rumie a su hijo (1890)” y, en “De una carta de Abraham Gedeón a su padre en Aleppo (1924),” el hablante poético enuncia: “Recuerdo de mi abuelo/ el opaco desembarco./ Una palabra lisa sobre el honor/ como única pertenencia./ Una sucesión de orgullos/ estratégicos, solares./ Y aquella mano, ya página de polvo./ alentando, sin embargo, la crin del alazán.” Igualmente, la voz poética lamenta la pérdida del mundo anterior y su soledad en el presente, en “Declaración de amor de Demetrio Spath (1934): “No sé cómo vine/ a estas tierras tan anchas./ Las voces son más solas./ los cielos más ansiosos.”

No obstante, el tono del poemario sobrepasa explícitamente el regodeo nostálgico y la queja centrada en la pérdida: “Yo no me limito a conocer las cuentas del pasado/ a adorar el número impar, los milenios de camello./ A certificar a tanto señor notorio/ el llanto de mi origen, la compañía de mis párpados/ Qué soledad he pagado entre profusos armarios,” expresa el hablante poético en el poema “José Fadul habla de su presente en la calle larga de Cartagena de Indias (1919),” y evidencia así un deseo explícito de vinculación e integración del sujeto al nuevo espacio, hecho que constituye uno de los rasgos más sobresalientes del texto y que se acentúa progresivamente a lo largo del mismo.

Así, es posible observar de qué manera, a través de imágenes y referencias que se establecen como símbolos concisos de dos universos diferentes y mediante pequeños poemas-relatos cargados de lirismo, la voz poética recoge prácticas y productos culturales de distinta naturaleza, que emblemizan el “aquí” y el “allá” y los muestra chocando, interrelacionándose, coexistiendo, contradiciéndose y rede-

finiéndose en una síntesis afortunada dentro del marco cultural del Caribe colombiano, encarnada en el nuevo sujeto. La retrospectiva da paso a la reafirmación y la comunión de mundos es cada vez más estrecha. José Fadúl, sobrepasa la tentación de la nostalgia y del lamento, expresa con convicción su pertenencia al nuevo espacio y en su enunciado las distancias se disipan, los espacios se asemejan y los individuos se nivelan en una lucha común: “En la noche paladeo/ la espera en los aceites/ y veo cómo ya el mar me ama/ en mi propia sed./ Así en Beirut como en Cartagena de Indias:/ un aire enojado pule/ las grandes ocasiones/ y los hombres tallan y se ganan/ en la molición del sudor/ cada yarda de su asombro.”

La investigadora chilena María Olga Samamé^{xvi} enmarca el poemario *El reino errante* en la tradición de la literatura de la emigración árabe a América, conocida también como “literatura del Mahyar,” cuyas raíces se vinculan al trabajo de poetas como Gibrán Khalil Gibrán y otros escritores árabes emigrados a los Estados Unidos y que según explica Samamé, “lleva la triple impronta de la nostalgia, del pensamiento y de la libertad.”^{xvii} Los poetas del Mahyar -quienes inicialmente continuaron escribiendo en árabe y luego, al carecer sus descendientes del entrenamiento formal en la lengua de sus antepasados, pasaron a usar la del país de acogida- muestran explícitamente una preocupación por recuperar la memoria ancestral para intentar comprender su presente y abordar su identidad dual y, dice Samamé, “construyen una escritura basada en experiencias personales, expresan el dolor social y colectivo con impronta metafísica, expresionista y simbolista occidental, y se proponen entregar un mensaje directo, personal y profundo...”^{xviii}

El sugerente análisis de Samamé enriquece la lectura del poemario de García Usta, en la medida en que éste responde a los planteamientos de la literatura del Mahyar, delineados por la mencionada crítica. En esta colección de poemas, podemos encontrar sin duda y como lo sugerimos antes, el sesgo nostálgico



en las alusiones a un mundo ancestral irrecuperable; la reflexión existencial, en la búsqueda de sentido a las nuevas realidades impuestas por la trashumancia y el exilio y una clara noción de compromiso con la equidad y la justicia social, tanto para los sujetos trasplantados al nuevo espacio, como para una causa que trasciende las fronteras locales, la del pueblo palestino, en varios de los poemas dedicados al tema dentro del libro^{xix}. Sin embargo, quisiera enfatizar que veo en los hermosos poemas del *El reino errante*, ante todo, una voluntad explícita de reafirmación del nuevo sujeto, que se mira a sí mismo como individuo más favorecido que escindido, más complejo y rico,

que fracturado o desgarrado, punto de encuentro o confluencia de tradiciones culturales que van reinventándose en el proceso amalgamativo, a partir de la inusitada “maroma de las mezclas,” que tiene lugar en el espacio que lo acoge, para usar uno de los versos del propio García Usta^{xx}.

De esta manera, releo el poemario de García Usta, a la luz de los enunciados del escritor libanés residente en Francia, Amin Maalouf, al reflexionar sobre la identidad de los sujetos que llama “fronterizos”, es decir aquellos que como él mismo, viven la fricción continua de navegar entre varias pertenencias culturales, sean éstas de carácter étnico, religioso, político, lingüístico, socioeconómico o de orientación sexual, para mencionar sólo algunas y de verse forzados muchas veces a elegir entre unas y otras. Su libro *Identidades asesinas* es un intento de comprender conductas extremas, basadas, según Maalouf, en situaciones persistentes de injusticia social y en la consiguiente adhesión incondicional del sujeto a una sola de sus pertenencias por encima de las demás. Se trata así, de una condena a la “concepción estrecha, exclusivista, beata y simplista que reduce toda identidad a una sola pertenencia que se proclama con pasión.”^{xxi} Sin embargo, el libro de Maalouf es más que nada, apuesta optimista a la capacidad de los sujetos “fronterizos” de asumir sus múltiples pertenencias culturales como privilegio y de hacerlo valer en la sociedad en que viven, para, en palabras de este escritor, “tejer lazos de unión”, “allanar, reconciliar” y ante todo, entender que “su vocación es ser enlaces, puentes, mediadores entre las diversas comunidades y las diversas culturas.”^{xxii} En *El reino errante*, Jorge García Usta, poeta del Caribe colombiano, rescata, a través de la especificidad de su propia experiencia, su vinculación al acervo árabe heredado de sus ancestros maternos, pero al mismo tiempo, enfatiza una clara voluntad ecuménica, un deseo evidente de revalidar su identidad plural, a partir de la perspectiva del sujeto híbrido, que encarna en sí mismo la habilidad de sintetizar mundos distintos y de tejer puentes entre ellos, a la que aspira Maalouf.

A través de las voces diversas de los emigrados y sus descendientes, que transitan en las páginas de su poemario testimoniando sus batallas cotidianas y sus pequeños triunfos, García Usta expresa esperanzadoramente la creación de una amalgama nueva de culturas como una realidad plausible, ba-

sada en la posibilidad de los sujetos “fronterizos” de abstraer simbólicamente elementos representativos de culturas al parecer disímiles y distantes y de reclamar sus componentes como pertenencias valiosas. En última instancia, se trata de una fusión hecha del entrecruzamiento de viejas sabidurías: “Indios desnudos en las prietas del mundo/ nos daban a beber las filosofías del cáñamo/, el habla de un maíz tan antiguo/ como la disciplina del desierto”, dice el hablante poético en el poema “Bechara Chalela narra la entrada al Sinú (1910)” y concluye con el reconocimiento explícito de un nuevo producto humano, que reconoce su naturaleza plural y la complejidad de la misma y la asume sin fricciones, con un abierto sentido de pertenencia a la realidad local. De este modo, la voz poética expresa claramente “Soy hijo de esta aguas/ centro de sus nuevos enigmas/ mi palabra sabe ya insultar al verano.”

Consecuentemente, hay en los poemas de esta colección un empeño en desterrar el prejuicio que enfatiza las diferencias culturales entre los emigrados y el ámbito que los acoge y en reiterar que en toda práctica cultural por disímil que parezca, la similitud puede ser mayor que la aparente diferencia. Así, en “Samir Saer mira bailar en las Antillas (1915)” la voz poética alcanza a reconocerse en la efervescencia del baile caribeño: “En estas tierras tan anchas todo es tristeza y baile/ pradera y baile,/ presagio y baile./ Si la noche está herida, bailan./ Si el caimán se aloca, bailan./ Bailan porque el mar/ y porque la muerte”. Y aunque el ritmo sea ajeno, la fuerza que lo motiva es familiar: “Nos invitan a bailar pero no podemos./ Claro que nuestro primer mundo/ conoce este fuego:/ El ritmo proviene de las sierpes del viento/ de los caballos que fluyen como talismanes,/ de las muchachas que se niegan como lunas ostentosas.”

A través del esmero en recuperar el detalle, de la mirada que recoge el acto mínimo y repetido, García Usta humaniza la figura del inmigrante y dignifica su empresa, alejándola del estereotipo. En “Acto de fe de Antonio Gossain (1918)”, dice el hablante poético: “De aquí,/ de este mar gozado a mares,/ de esta luz que enoja todo cuerpo,/ de este viento que embala el deseo,/ de este mostrador con cicatrices de hombre/ y ojo de ortiga,/ de esta locura portuaria del día/ no nos sacan/ no nos sacan.” La voz poética reitera su enlace emocional con el entorno Caribe y la gratificación que recibe de su espléndido escenario. Se enfatiza de esta manera, la voluntad expresa de arraigo como parte vital de la experiencia del inmigrante árabe trasplantado al Caribe, así como el reconocimiento emotivo del nuevo espacio y del derecho a cohabitarlo, ganado a base de empeño, de esfuerzo diario y de voluntad inquebrantable.

En retribución, la comunión de los mundos será cada vez más estrecha. En “La calle de los Turcos: noción de julio Dumar (1936)”, el acercamiento al arraigo se da a partir del espacio y la mirada del otro: “Y la negra que ve el rostro del árabe/ se acuerda de un tío remoto/ que también lloró/ sobre las arenas rigurosas”, dice la voz poética, en un enunciado en el que se borran las fronteras raciales y se comparte una experiencia común dolorosa que se resuelve en el encuentro gozoso de los cuerpos: “Hemos visto las primeras nalgas de mujer criolla./ Un color de tinaja./ Vello como espléndidos atavíos./ La miel y el surco.” Así, el intercambio amoroso, el disfrute del erotismo renovado, hacen que el arraigo se perciba como una realidad cada vez más definitiva y el desprendimiento original como una memoria integrada al nuevo espacio.

En “Jorge Baladi habla de las fronteras abolidas (1950)”, del deseo de integración se pasa a la fusión completa, al entrecruzamiento que se produce en el nuevo sujeto, reinventado como síntesis plural o suma de tradiciones. En este poema la voz poética prescinde de la nostalgia, de la comparación y del contraste de realidades: Dice victoriosa: “Aquí canta el ají de la algarabía/ en las patrias finales,/ la maroma de las mezclas,/ el misterio de los marasmos/ navegando entre las islas hostiles.” y enuncia emotivamente el fin de la enraciación porque: “La sangre cruza, ya revuelta,/ entre la nación que fulgura/ en sus nuevas, fértiles pesadumbres/ Toda voz/ es, ahora, una fusión de ríos./ Todo cuerpo,/ un lugar de encuentro./ La memoria, esa amorosa queama de fronteras.”

En *El reino errante* Jorge García Usta, transforma el desprendimiento de la raíz ancestral en empresa fundacional de la que deriva un nuevo sujeto híbrido, de naturaleza plural, síntesis o compendio de tradiciones que en última instancia se asumen abiertamente y sin fricción. A través de su exquisito poemario, el poeta cartagenero de ancestro árabe, propone el mundo iluminado y contradictorio del Caribe como el escenario propicio en que confluyen, se cultivan, interceptan y fusionan sueños, pesares, deseos y realidades provenientes de las más variadas latitudes y de las más antiguas raigambres. El Caribe que se desprende de las páginas de *El reino errante*, sorprende en su belleza irreal y lastima

en el devenir de su historia, pero sobre todo, acoge, recrea y reinventa sujetos y, consecuentemente, propicia el nacimiento de nuevas y fructíferas identidades.

CITAS

ⁱ Entre los trabajos más recientes dedicados al tema de la presencia árabe en Colombia, es necesario mencionar el libro *Los árabes en Colombia. Del rechazo a la integración*, de Pilar Vargas y Luz Marina Suaza. Editorial Planeta Colombiana, S.A., Bogotá 2007. A través de una rigurosa investigación, las investigadoras rastrean la forma en que la prensa colombiana registró la presencia de palestinos, sirios y libaneses entre 1880-1980. Con ello documentan el asentamiento de los árabes en Colombia como un proceso cuyos inicios estuvieron marcados por la discriminación y el prejuicio y al mismo tiempo, llama la atención sobre el impacto de los inmigrantes árabes en las principales esferas de la vida nacional. El libro no sólo provee una amplia bibliografía sobre el tema de la inmigración árabe y una extensa documentación que incluye artículos periodísticos, fotografías, testimonios, estadísticas, decretos legales y cartas, entre otros textos, sino que busca humanizar la figura del inmigrante al intercalar la investigación periodística con una especie de crónica literaria que narra la historia de una familia sirio-libanesa radicada en Cartagena y de sus descendientes.

Otras dos notables contribuciones al tema por su rigor investigativo y su útil bibliografía, son también los artículos de Isabela García Restrepo y de Luis Fawcett de Posada. El artículo de Isabela García Restrepo: “Migración árabe en Colombia: un encuentro entre dos mundos,” publicado en *Oasis*: CIPE, Universidad Externado de Colombia, Bogotá (2003/04) P. 180-215, expresa claramente la necesidad de incluir el patrimonio cultural árabe en la construcción de la identidad nacional. Apoyándose en una minuciosa documentación, el ensayo ofrece una aproximación sociocultural sobre los orígenes, el proceso e impacto de la inmigración árabe en Colombia. De igual manera, el trabajo de Louise Fawcett de Posada, “Libaneses, palestinos y sirios en Colombia,” Ceres, Universidad del Norte, Barranquilla, 1991, constituye una valiosa referencia sobre los árabes en Colombia y su proceso de adaptación y asimilación, así como su impacto general en la sociedad colombiana.

ⁱⁱ El trabajo de García Usta, “Los árabes en Macondo” publicado en *Deslinde* No. 21, julio-septiembre, 1997, pp. 123-139, explora un tema poco estudiado hasta ahora, el de la presencia o imagen de los árabes en la literatura colombiana. En este ensayo, García Usta analiza la imagen de los árabes en el Macondo de *Cien años de soledad* entendido como “la aldea mítica, el cosmos primigenio, que encarna y simboliza el universo latinoamericano” (p.123). Consecuentemente le asigna un papel crucial a la presencia árabe dentro de este espacio y contempla su arribo a Colombia y a Latinoamérica como parte vital de este mito fundacional en el que ve a los árabes como participantes activos “en la creación del mundo americano contemporáneo.” (p.124).

ⁱⁱⁱ Como lo señala Isabela Restrepo Mejía en el mencionado artículo: “Dos eran los objetivos concretos que se buscaban con estas políticas. Por una parte se pensaba que era necesario “civilizar” la sociedad, es decir, “europeizarla” en sus costumbres y aumentar la población de raza blanca. Por otra parte se creía que la modernización material debía estar a cargo de extranjeros competentes que abrieran carreteras, desarrollaran la navegación y así favorecieran la colonización agrícola y resolvieran el supuesto problema de la escasez de población en un territorio casi desconocido.” (Restrepo Mejía...p. 184). Joaquín Viloria de la Hoz, por su parte, en su estudio monográfico *Los “turcos” de Loricá: presencia de los árabes en el Caribe colombiano*: Publicaciones-Facultad de Administración. Universidad de Los Andes, Bogotá, 2004, cita un escrito del periódico cartagenero “*El Espía*” fechado en enero de 1915, que ilustra de manera clara la actitud hostil, abiertamente racista, hacia los primeros inmigrantes árabes que se vio en muchos lugares de Colombia: “La expulsión de los turcos es una necesidad imperiosa... Nosotros debemos limpiar la ciudad, no dejar en ella ningún elemento perjudicial y tenerla dispuesta para recibir razas como la belga, por ejemplo, portadora de la civilización, el progreso y la cultura.” (pp. 26-27)

^{iv} El citado trabajo de Viloria de la Hoz, además de proveer un breve recuento de los antecedentes históricos que impulsaron la diáspora árabe, se enfoca en el estudio de la inmigración árabe en la zona del Caribe colombiano como espacio propicio para la actividad comercial debido a la intensa actividad de sus puertos marítimos y fluviales. Destaca las huellas de los inmigrantes árabes en la economía y en la arquitectura de la región en un texto bien documentado que incluye un estudio de caso, tablas con datos específicos sobre la incursión de los comerciantes árabes en diversas empresas económicas y una útil bibliografía.

^v La periodización de la inmigración árabe a Colombia en tres etapas o períodos que se inician a partir de 1880, año en que se registró la llegada de los primeros inmigrantes árabes a Colombia, es común. En el mencionado artículo, p. 193, Restrepo Mejía la emplea, citándola a su vez del trabajo de Gladys Behayne “Anotaciones sobre inmigraciones libanesas a Colombia”, en *Revista Javeriana*, No. 467, agosto de 1980, p. 146.

^{vi} Aunque, como anota García Usta en el mencionado artículo, es necesario tener en cuenta que “La imagen del árabe errante es anterior a la presencia árabe en América. Su ancestral ejercicio del comercio, sus expediciones de colonización y conquista (...) se suman al nuevo proceso migratorio iniciado en 1860 y al drama particular de la nación palestina para reforzar esta imagen intemporal de la enraciación...” (p. 139)

^{vii} *Aguaita*, *Revista del Observatorio del Caribe Colombiano*, de la que García Usta fue editor hasta su muerte, contiene en el No. 13-14, de diciembre de 2005-junio de 2006, una serie de artículos y ensayos publicados en homenaje al poeta después de su muerte. Estos abordan las distintas facetas creadoras del escritor y destacan la rigurosidad de su trabajo, su habilidad de incorporar las preocupaciones sociales al terreno artístico, así como su impacto en la investigación sobre la cultura de la región del Caribe colombiano.

^{viii} Figueroa Cristo. *Aguaita, Revista del Observatorio del Caribe Colombiano*, obra citada, p. 1.

^{ix} Bustos Aguirre, Rómulo. “Jorge García Usta: de la imaginación épica a la imaginación dramática.” Prólogo. En Jorge García Usta: *El fuego que perdura: Antología poética*. Colección El Reino Errante. Universidad de Cartagena, Cartagena de Indias: marzo de 2007. p. 10

^x Bustos Aguirre, obra citada p. 11

^{xi} Alberto Salcedo Ramos en su artículo “Una flor para Jorge García Usta: aproximación fraternal a su obra periodística,” en el citado número de *Aguaita: Revista del Observatorio del Caribe Colombiano*, expande una idea similar y la aplica al trabajo periodístico de García Usta, al afirmar que para éste, periodismo y poesía no son prácticas excluyentes en la vida diaria. Dice Salcedo ramos: “Más de una vez le oí decir a Jorge que la poesía –necesaria para dignificar el periodismo- va más allá del lenguaje: es saber buscar lo grandioso de lo simple, lo sublime de lo cotidiano. El hablaba –recuerdo- de una “poesía situacional,” que es aquella que subyace en las acciones meas elementales de los hombres.” p. 6.

^{xii} García Usta, Jorge. *El reino errante. Poemas de la migración y el mundo árabes*: Litografía JONAN LTD, Cartagena, Colombia, 1991. A esta edición pertenecen los poemas del autor citados a lo largo de este trabajo.

^{xiii} La madre del poeta, Nevija Usta Zaruf, fue hija de un artesano de Damasco que se estableció en el Valle del Sinú, en el Caribe colombiano a comienzos del siglo XX y de Esquilla Zaruf, también inmigrante árabe. En más de una ocasión García Usta alude al impacto de su ancestro árabe en su formación: “Por la familia paterna, hay una sólida vocación la música, las matemáticas y la pedagogía. Por la materna, una palabra oral espléndida, un sentido de contar cosas, un sentido de pertenencia tribal que está en las bases más primitivas y sólidas de nuestra cultura.” Citado por Juan Carlos Díaz M. en “Homenaje a Jorge García Usta.” *Termita Caribe. Revista Iberoamericana de Arte y Literatura*, 23-1-2007.

^{xiv} La nostalgia que reiteradamente se observa en la obra de Meira Delmar se ha relacionado con la presencia de un significado que la hablante poética no logra descifrar ya que se desplaza continuamente y tiene que ver con una raíz ancestral perdida en el tiempo. Se trata de un desprendimiento atávico de presencias y espacios nunca experimentados de primera mano, pero reconstruidos y adivinados desde el tiempo y la distancia por la vía emotiva y decantados por la imaginación poética. Muy significativamente, la hablante poética en el poema “Ayer” aparecido en la colección *Reencuentro*, enuncia: “Dentro de mí, creciendo siempre oigo/un oleaje de siglos”. Respecto a la función de la nostalgia en la obra de Meira Delmar, ver el artículo de Nayla Chehade “ ‘Y se me va llenando/ de nostalgia la vida’: Meira delmar, voz de aliento inquebrantable.” Publicado en *Poesía y prosa de Meira Delmar*. Ed. María Mercedes Jaramillo, Betty Osorio y Ariel Castillo Mier. Barranquilla, Colombia: Universidad del Norte, 2003.

^{xv} En el poema “Un fuego ebrio de las montañas del Líbano” en el que el hablante poético se dirige a su madre, la presencia ancestral árabe se asume de forma fatalista:

“Yo te sé de memoria Dama enlutada
Señora de mi noche Verdugo de mi día
En ti están las fuentes de mi melancolía
Y del fervor de estos versos
En ti circula un fuego ebrio de las montañas del Líbano
En mí vapores densos de tu delirio nublan mi mediocre
razón española

Madre yo te perdono el haberme traído al mundo

Aunque el mundo no me reconcilie contigo

En, Gómez Jattin, Raúl. *Amanecer en el Valle del Sinú*. Antología poética. Ediciones Fondo de Cultura Económica Ltda. Bogotá, 2004, p. 4

^{xvi} María Olga Samamé B.: “La poesía del Mahyar o de la emigración árabe a Chile y a Colombia, a través de los poetas Mahfud Massís y Jorge García Usta.” En la revista *Taller de Letras* N. 39: 9-24, 2006, versión online.

^{xvii} Samamé, obra citada, p. 9

^{xviii} Samamé, obra citada, p.10

^{xix} Respecto a la solidaridad de García Usta con la causa palestina y a su denuncia de los atropellos sufridos históricamente por este pueblo, ver los poemas “Jerusalén: semblanza de Salím Muvdi (1970)”; “Trópicos para Mahmud Darwish” y “En un muro de Shatila”, específicamente, en *El reino errante. Poemas de la migración y el mundo árabes*, obra citada, p.p. 26, 38 y 39, respectivamente.

^{xx} García Usta, Jorge, obra citada p. 20

^{xxi} Maalouf, Amín. *Identidades asesinas*. Trad. Fernando Villaverde. Alianza Editorial, S.A., Madrid, 1999, p. 13

^{xxii} Maalouf, obra citada, p.p.12-13